

La influencia mediática en las nuevas generaciones y la importancia de la participación de los jóvenes en una democracia

JOSÉ ÓSCAR ORTEGÓN PÉREZ

PRESENTACIÓN

De los defectos más notorios —elección tras elección— en la cimentación de una sana democracia nacional, lo es el marcado y continuo abstencionismo electoral. Nefasta y recurrente indolencia participativa de la ciudadanía. Pereza eleccionaria manifestada desfavorable y muy marcada entre las mayorías juveniles nacionales.

En la reciente historia electoral nacional —poco menos de dos décadas hasta la actualidad— se han desarrollado costosas y en apariencia atrayentes campañas para inducir a los jóvenes a sufragar, a cumplir con el dual y valioso esquema participativo del derecho-obligación en el voto ciudadano. No obstante, elecciones van y vienen y los promedios de participación sufragante —de jóvenes y adultos— siguen muy flojos; con una media nacional —conteo de votos— que raras ocasiones rebasa un mediocre cincuenta por ciento (la reciente elección rondó cerca del 60%).

El Instituto Federal Electoral, con las correspondientes comisiones estatales electorales y/o municipales, aun en tiempos fuera de elecciones (que son pocos), han llevado a cabo campañas extensivas de ciudadanización, de empadronamiento, del acercamiento de ciudadanos con registro y de los que no; lo mismo, hacia los jóvenes que se aproximan a la edad conducente y así, estimular en las mayorías una participación masiva y ejemplar.

Los medios —prensa, radio y televisión— se han transformado, quiérase o no, en excelentes, fundamentales y raudos vehículos de información. Medios convertidos de manera masiva, en efectivos polos de atracción generalizada, exponiendo a través de ellos, sobre todo a las

mediatizadas nuevas generaciones, programas y promociones institucionales del IFE y dependencias correspondientes; lo mismo —creo de manera exagerada—, promocionales de partidos políticos nacionales y de sus respectivos candidatos a puestos de elección popular.

1. PARTICIPACIÓN CIUDADANA

Desde que la razón empieza a irrumpir en nuestro ser, desde que empezamos a discernir entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto, es entonces cuando la balanza de los derechos y obligaciones se hace presente en nuestras actitudes, en nuestro comportamiento hacia los demás, hacia una sociedad de la que formamos parte.

Las circunstancias y conveniencias nos van formando intereses personales, intereses en los que depositamos, por lo regular la mayoría de las veces *a priori*, actos propios: primero nosotros y de manera secundaria los otros.

El humanista sentido del sacrificio, hay que reconocerlo, no es fácil de tener, obtener u otorgar. No obstante, el sentido común —que parece ser el menos común de los sentidos— nos demuestra, en lo relativo a exigir derechos, prebendas o ventajas a nuestro gobierno, sin entregar al alimón obligaciones, compromisos, cooperación y trabajo, parece no ser congruente con una actitud cívica, sensata y responsable del ciudadano comprometido con el progreso (en todo aspecto) de su país. Es comprensible y fácil de entender que los platos de la balanza personal en lo relativo a derechos y obligaciones de cada ciudadano necesitan estar nivelados, sin cargarse de manera pronunciada hacia uno u otro lado. La balanza de la participación ciudadana entusiasta e inherente para una democracia sana debe traer, por consecuencia, confianza y tranquilidad para la ciudadanía; trabajo y progreso para nuestro país. Siempre he pensado que la participación ciudadana no es sólo la acción del empadronamiento: tramitar credencial de elector y la asistencia a ejercer nuestro voto en tiempos electorales.

La participación ciudadana, como la entiendo, implica involucrarse de forma permanente en actitudes nacionalistas: entusiasmar a nues-

tros conciudadanos en programas de asistencia social, de trabajo comunitario, predicar con ejemplo el acatamiento de las leyes; limpieza y orden en nuestro barrio, colonia o ciudad; intercambio de ideas para contar con un ambiente sano y agradable; armonizar con actitud madura y sensata la convivencia vecinal. Sin embargo, no han faltado ni faltarán individuos inanes que salimos con la monserga de: —*N'ombre! ¿Por qué voy a hacer yo eso? ¡Que lo haga el gobierno!*

En fin, si todos y cada uno de los ciudadanos, conscientemente cooperamos con nuestras autoridades con algo de nuestro tiempo para mejorar nuestro entorno, observando una verdadera introspección ciudadana, la positiva reacción en cadena no tardará en hacerse presente. Sobre todo hay que evitar confrontaciones verbales. Tengamos presente que toda violencia inicia con rípidos enfrentamientos verbales. «*La cabeza fría, el corazón presto*».¹

2. SANGRE JOVEN = VOTO FUERTE

En el planeta Tierra somos ya más de 6,500 millones de personas —y sigue aumentando la cuenta—, con un promedio de tres a cuatro nacimientos cada segundo de cada día. De este total de seres humanos que habitamos nuestro mundo, se calcula que casi 3.000 millones son menores de 25 años de edad (UNESCO 2005*).

En nuestro país hay algo más de 100 millones de habitantes (INEGI 2005**), de los cuales, 25 millones tienen entre 15 y 24 años de edad. Imaginemos, en elecciones futuras, un excelso panorama de entusiasmados jóvenes sufragantes ejerciendo su derecho electoral de manera que lleguen a convertirse en un factor preponderante hacia la preferencia de tal o cual candidato y como valiosa fuente de sano crecimiento democrático. Si en las recientes elecciones federales, estatales y municipales (julio 2006) votaron alrededor de 42 millones de electores, cuán gran significado numérico ejercería una democratizada y generalizada voluntad juvenil.

¹ Del autor.

¿Por qué sostengo que el voto joven es igual a voto fuerte? Porque jóvenes nacionales deben surgir los líderes con ideas e ideales modernos; nacionalistas, capaces y honestos; los auténticos líderes que tanto necesitamos. Porque ejercer los deberes para con la patria, entre ellos asistir incondicionalmente a votar sin necesidad que nos lo recuerden constante y mediáticamente, debería de formar parte ya de nuestro equipaje de valores personales.

Un joven (hembra o varón) con valores cívicos, y por consiguiente éticos, bien integrados, le puede brindar a nuestra nación desde la contemporaneidad largos años de salud social, etapas sociales y políticas promisorias de las que nuestro país adoleció a lo largo del siglo recién fenecido. Atrás deben quedar las aciagas épocas electorales que le costaron a los ciudadanos bien intencionados la consabida incertidumbre y prolongados sentimientos de antidemocracia.

Para quienes rebasamos varias décadas de existencia, fueron largas etapas de desilusión hacia nuestros gobiernos, y ahora, con sangre joven menos «maleada», queremos ser anhelantes testigos de una luz esperanzadora, diáfana, acompañados de una firme democratización en nuestra nación.

El asiento de la democracia estriba en dos ideas: pluralismo político y un sano régimen constitucional. Dicho de otra manera, libertades públicas acompañadas de un incorruptible estado de derecho. No puede existir democracia sin respeto a las garantías individuales y sin observancia de las leyes. Claro, no queremos caer en la candidez queriendo lograr la democracia perfecta; se cuentan con los dedos de una mano los países del planeta que han llegado a niveles democráticos óptimos.

Sin embargo, en nuestro país a muchos ciudadanos (otra vez) jóvenes y adultos nos hace falta todavía educación, civismo, solidaridad para tomar verdadera actitud nacionalista. Se tiene la idea de que esto no tiene remedio; pero no es así: la auténtica participación ciudadana no termina al depositar nuestro voto, al contrario, ahí es donde empieza nuestra obligación de apoyar y vigilar a nuestras autoridades electas, pero sin dejar de obsequiar algo de nuestro tiempo, no *tirar el tiempo a la basura* con actitudes displicentes, de indiferente apatía.

Si pertenecemos a esa clase de ciudadanos, es ahora la oportunidad de analizar más sensatamente nuestros juicios ligeros, ya que después de décadas parece que a nuestra patria ha llegado para quedarse la valiosa y multimentada democracia. Sería imperdonable que tan preciados resultados los *echemos por la borda* sentándonos a la vera del camino viendo pasar en vano el esfuerzo de tantos excelentes mexicanos, aquellos que han entregado parte de sus vidas para que la anhelada vida democrática se hiciera presente por fin en nuestro país.

Cifras de la ONU (2005) señalan que la generación de jóvenes fue la más grande que ha habido en la historia y la tendencia continúa. En elecciones futuras, la juventud se convertirá en la *materia prima* electoral más valiosa. La educación electoral, en todas sus facetas, deberá llegar a ellos objetiva. En programas para involucrar a los jóvenes en un sano, futurista y estable proceso democrático nacional, ningún esfuerzo o gasto será suficiente.

3. ¡FUERA POSES!

Los puentes y canales de la comunicación se han abierto de par en par. El país de la censura, el país de la represión (de los años sesenta y setenta del siglo XX) ya quedó atrás y nadie, que bien razone, desea que regrese.

Ya basta de generar desencanto en los votantes cada ocasión que se aproximan elecciones —federales, estatales y/o municipales—. Es necesario que las autoridades electorales responsables pongan enérgico coto a las necedades partidistas por muy influyentes que estos organismos pretendan ser.

Es de justicia, que haciendo valer la autoridad que les compete, el IFE,² el Cofipe,³ el Trife,⁴ la Fepade,⁵; comisiones estatales electorales,

² Instituto Federal Electoral

³ Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales.

⁴ Tribunal Federal Electoral o Tribunal Federal del Poder Judicial de la Federación; organismo máxima autoridad en materia electoral, que inició operaciones con plena dependencia y soberanía del Ejecutivo en octubre de 1996.

⁵ Fiscalía Especial Para la Atención de Delitos Electorales de la PGR.

dependencias pertinentes; asimismo, comisiones legislativas, dirigentes partidistas, Comisión Nacional de Derechos Humanos y, por supuesto, comisiones y organizaciones ciudadanas —anteponiendo el bienestar estable y duradero para la patria—, de inmediato pongan en la mesa los acuerdos y legalicen lo correspondiente. De una vez por todas formalicen, entre otros: moderar el excesivo presupuesto otorgado a las organizaciones políticas —que no parecen, son fábricas de ricos—; elaborar de modo responsable y profesional un calendario electoral que unifique en el territorio nacional las elecciones de gobierno de cualquier nivel, reducir de manera drástica los tiempos de campañas y, en cualquier medio publicitario, promociones de partidos y candidatos. Las campañas son tan extensas que llegan a ser cansadas y chocantes, causando efecto contrario al deseado en la población.

Además eliminar de manera sustancial la obsoleta y excesiva «pendonitis» (pésimo culto a la personalidad) y toda la contaminante publicidad visual que —de acuerdo a estadísticas— recibe sólo la atención de un 4% de los electores; eliminar todo aquello que atente el entorno y cause deterioro ecológico. Advertir, más que con un discutible, allanable, endeble y fácilmente violable código de ética y decencia; advertir, con legislación en mano, a partidos, candidatos y representantes jurídicos, que de no acatar estas medidas, repito, sin que valga importancia de la organización política que se trate, que de no obedecer estas reglas, se retira y se cancela, de manera inapelable e irrevocable, su registro: «Sobre aviso legal no hay engaño, ni amparo que valga».

Infaustamente, aún más que la corrupción en las instituciones, con fuerte impacto en los habitantes, nos ha hecho más daño la impunidad en lo político y, por desgracia, en todo el devenir nacional y el aparato del servicio público. Se sobreentiende que con opacos y obsoletos sistemas gobernantes se genera desaliento ciudadano.

El año 2006 se desarrollaron elecciones de las más competidas en la historia nacional; después de meses —en algunos casos años— de promocionarse en los medios (creo con grandes recursos económicos desperdiciados), el domingo 2 de julio se realizaron elecciones nacionales para renovar la Presidencia, las cámaras de diputados y senadores (y en casos como Nuevo León, alcaldías y diputaciones locales).

En los importantes resultados electorales de julio del 2006, quedó plenamente comprobado que la sociedad nacional se ha transformado en una sociedad plural, una sociedad en la que por necesidad insoslayable se tienen que aterrizar y fincar con firmeza los acuerdos y reformas nacionales, responsablemente. Los ciudadanos tenemos hoy la necesidad de avanzar en una profunda reforma del Estado, que sea condensada, ordenada, gradual y capaz de mirar a largo plazo, y en la que participemos todos los nacionales. Por la vía pacífica, construir un país moderno, capaz de alcanzar el bienestar social, respetuoso de las personas, de sus derechos y sus deberes; un país y una sociedad sanos, en los que predominen la igualdad, la verdad y la justicia.

En el futuro, partidos políticos y sus respectivos candidatos deberán renunciar al insulto, la intolerancia, la soberbia y todas esas poses que denostan y generan desagradable personalidad, poses que a lo largo de la contienda electoral, en vez de provocar simpatía y atención de los votantes a sus propuestas, causan rechazo.

4. LOS MEDIOS

En una era mundial de tecnología y modernismo generalizados, de incontenible globalización continental, no es posible ni aceptable que nuestro sufrido pero bienamado país, se abstraiga de integrarse al susodicho modernismo tecnológico en todas sus facetas. Hablando de globalización y de apertura al mundo, ya en marzo de 1883, Manuel Gutiérrez Nájera apuntaba:

No soy de esos pesimistas que ven en cada progreso material que nuestra patria realiza un peligro para su independencia (y soberanía)... Veo en este hecho el término de nuestro aislamiento del resto del mundo, la participación que tomamos en el gran concierto de la civilización, y anchos horizontes abiertos al esfuerzo y la actividad del hombre, aplicados a esta tierra mexicana para quien la naturaleza ha sido tan pródiga de riquezas y tan avara de hombres que sepan aprovecharla.⁶

⁶ Gutiérrez Nájera, Manuel, «Los buenos tiempos», *La Libertad*, marzo de 1883, p. 48, *Caminos de hierro*, 1996.

El sistema electoral de nuestra nación y las instituciones ex profeso, tenemos que reconocerlo, han hecho gran esfuerzo por utilizar en sus procedimientos informacionales, organizativos y estadísticos, la llamada tecnología electrónica de punta. Sin embargo, aún es ingrato aquel recuerdo, cuando la manipulación e inocencia tecnológica prevalecían en el sistema eleccionario del país —año 1988—, que con el infantil y entonces aún no refutable sólido reclamo, se diera el poco creíble argumento de la tristemente célebre «caída del sistema». Tremenda «falla» electrónica, avalada y legalizada por insanos funcionarios federales. Ruda situación, provocadora de más desconfianza en las entonces aún endebles instituciones escrutadoras. La sempiterna, negativa y nociva dualidad, de convertirse en «juez y parte», ilegalidad que marcó con nocivo y aferrado estigma la reciente historia democrática, política y económica nacional.

Elecciones 1988, una de las simbióticas páginas electorales, de las más oscuras y discutibles, que aún repercuten en la confianza, estabilidad y tranquilidad democráticas y en el sano desarrollo de la vida nacional. Paradójicamente, estas amargas e irresponsables experiencias eleccionarias han servido para subsanar las fallas en gran medida, con responsable arbitraje, imparcialidad y estabilidad en el cómputo; madurez de los ciudadanos funcionarios de casillas, tranquilidad, probidad y resultados distritales fidedignos. Claro, sin soslayar la complejidad de llevar a buen término cada elección. Esto, gracias a la independencia y acertada organización de las instituciones ex profeso, que trabajan en la actualización y el perfeccionamiento, día con día, todo el año.

La sociedad e instituciones han sido establecidas para beneficio del hombre, para que éste pueda desarrollarse en todas sus manifestaciones; pero sucede algunas veces que los derechos del individuo se encuentran en conflicto con los de la sociedad y, a cambio de los inmensos beneficios que el hombre obtiene de la sociedad, en esos conflictos el derecho individual cede al social. Sólo hay que tener presente cómo el hombre es el objeto y la sociedad el medio, el sacrificio del derecho individual al social debe limitarse a lo puramente preciso.

En una sociedad con pretensiones de democracia, la educación electoral debe ser inherente a la educación del individuo. Sin embargo, como lo cita Jean D'Ormesson: «Desde siempre, pero particularmente en nuestro tiempo, el peor enemigo del hombre es el hombre mismo». Si convenimos en que la educación electoral representa interés social, tendremos que admitir que las leyes que la rigen deben formularse con el propósito fundamental de garantizar ese interés. Pero no es ese el único interés protegido, o que tienden a proteger las leyes en vigor. Es notorio que las mismas protegen, o al menos se percibe tendencia de hacerlo, los intereses de los gremios de la colectividad de personas que ejercen el oficio mediático.

Ahora bien, para que el sistema nacional en educación electoral mediática, por ende, funcione de una manera adecuada, con elevada categoría democrática en los jóvenes al fin social que persigue, no debe perder de vista en ningún momento que ello se cumple a través de proporcionar la referida educación a las personas en lo colectivo e individual. Ergo, legislación y reglamentación educacionales deberán estar estructuradas de una manera tal, que los intereses que protegen no sean obstáculo para los derechos que deben garantizar; esto es, el interés social deberá estar claramente protegido, sin opacidad ninguna, frente a intereses gremiales y particulares y a su vez, éstos deberán estar efectivamente garantizados de la manera más transparente y nítida posible.

Los medios deben —como otros factores— ser instrumentos de liberación humana, instrumentos que garanticen a la sociedad que dispondrá por el procedimiento más económico, desde un punto de vista de la inversión en el esfuerzo de aprender y de enseñar. Mostrar y demostrar los recursos humanos que la juventud necesita para proveerse de la pluralidad de servicios democráticos que su desarrollo actual exige, y para prever necesidades futuras y actuar oportunamente, de conformidad con esa previsión, con la mayor eficacia y competencia.

Si hacemos del tríptico jóvenes-medios-sociedad un instrumento de coerción social, si permitimos que su tendencia a desarrollarse en ese sentido prevalezca, la integración de la juventud al sistema electoral nacional, en esta necesaria trilogía, será un obstáculo y no un

factor para el desarrollo democrático del país y se podría convertir, en lugar de útil herramienta *inyectora de sangre fresca* en una fuente de privilegios, desacato y, si no se le dan los cauces correctos, puede surgir la hipérbole como figura de ilegalidades y generadora de violencias.

Si bien es cierto que es posible distinguir entre los intereses individuales de las personas y los intereses de la sociedad, no es posible ignorar que la sociedad está constituida por personas; es cierto que la sociedad las trasciende, pero es inconcebible sin ellas. Los jóvenes están conscientes de esto, su inclusión y participación vale.

Que duda cabe que el uso de los medios —todos— bien configurado, bien ordenado y dispuesto al propósito de educar, esto es de ayudar al desarrollo de las enseñanzas y facultades cívicas, intelectuales y morales de los jóvenes, constituye el medio más eficaz para satisfacer los fines que la enseñanza democrática persigue, pero ello no quiere decir que los conocimientos y destrezas, generadores de un liderazgo cabal y auténtico, acaso puedan desarrollarse en una preparación democrática unipersonal, dentro de los esquemas sociales más utilitarios y próximos al joven y a los de la juventud nacional en general.

La organización y programas de las dependencias públicas involucradas con la cimentación de la democracia en nuestra nación, pueden hacerse con el propósito de prever el instrumento mediático (los medios), como los canales adecuados para quien no puede acceder a cursos ex profeso, cual lo proporcionan (sin duda) la radio, la televisión; los sistemas cibernéticos, etcétera, todo ello puede emplearse con semejante propósito. Los experimentos que en este sentido han llevado a cabo el IFE y dependencias filiales, deben ser objeto de especial atención.

5. ASESORÍA TUTELAR BÁSICA (NOSOTROS... LOS DESCONFIADOS)

La confianza y reciprocidad son base de la armonía. Cuando la desconfianza se hace presente, desde la pareja hasta el pueblo mismo, difícil es recobrarla. El ciudadano nacional en la mayoría de los casos, es desconfiado por antonomasia. En una democracia que empieza a

sentar bases el electorado aún se muestra suspicaz, el recelo hacia la autoridad no se ha atenuado, menos eliminado; incluso, distinto a la realidad, puede significar para fijar la democracia una lucha permanente. Lo anterior, si se toma con sano interés, es simple y comprensible.

Aunque menospreciado en los tiempos actuales, el papel de los padres en la educación democrática de sus hijos es de crucial importancia. Es claro, se percibe que los roles familiares se han transformado, han sufrido cambios radicales; los progenitores han perdido mucha de la autoridad otrora presente en la mayoría de las familias. No obstante haber padecido como adultos —y por décadas— grandes periodos de deficiente justicia electoral y de antidemocracia, es deber de los padres instruir a sus hijos, darles ejemplos de lo que la democracia significa.

Ahora bien, los padres constituyen la primera línea de defensa en la formación ideológica cívica, aún antes que la gran influencia ejercida por los medios. Lamentablemente no todos los progenitores son conscientes de su importante papel: «Mi padre siempre estaba ocupado —dice Alfonso N., un joven nuevoleonés—. Hablaba muy poco con nosotros. Nunca nos dijo nada sobre civismo o democracia». Sin embargo, qué diferente fue el caso de Luis N., otro muchacho regiomontano, él menciona:

Quando daban por la televisión algún programa sobre política, democracia, o acerca de valores cívicos, papá nos llamaba y nos hacía ver la importancia que se le debía dar a una buena instrucción cívica. Nos decía que cuando se aprende a valorar el afecto y respeto por nuestra ciudad, nuestro estado y el país, gran parte del recorrido por nuestra vida se facilita y se convierte en un camino más ordenado, con grandes oportunidades de éxito y felicidad. A veces aprovechaba la ocasión para preguntarnos si sabíamos de compañeros que se burlaban, o simplemente hacían a un lado sus intereses y opiniones sobre lo que significaba la democracia para ellos. De esta forma nos advertía de los riesgos de no incluir en nuestros proyectos personales un sentido democrático y una entusiasta participación.⁷

⁷ Entrevistas realizadas por el autor en la explanada de la Torre de Rectoría a estudiantes de la UANL.

En un país con un historial tan rico como el nuestro, se sobreentiende que la cultura, en todas sus facetas, lo mismo que la democracia, no deben quedar aisladas, deben ser compartidas generacionalmente. Como lo cita el doctor Ubaldo Ortiz: «El ejercicio y la razón deben ser la fuerza del hombre; el hombre, es el hecho fundamental de la cultura. La actividad educacional desde los estudios básicos hasta los estudios superiores debe movilizar las conciencias hacia la formación democrática. El pensamiento y la pluralidad no deben ser pasivos, deben ser activos y participativos»...⁸ La participación tutelar de los padres en la educación democrática de sus hijos, desde pequeños hasta la adolescencia (y aún más allá), es básica y fundamental.

Sin embargo, la democracia, su aprendizaje y pleno establecimiento en el país, no es un producto aleatorio ni debe permanecer estático, como lo apunta el escritor Felipe Garrido: «Una vida democrática va más allá de las elecciones, más allá de cada tres años ir a votar y demás, debería llegar a otras esferas de la vida y no nada más a la política».⁹ Cuando se generan auténticos y permanentes valores desde la célula principal de la sociedad, desde el entrañable seno familiar, gran parte del la ruta social-cívico-democrática de los jóvenes está trazada.

6. HUMANISMO DEMOCRÁTICO

El importante tema de la democracia en el sistema político-organizacional de los pueblos, se ha tratado desde los primeros registros de la historia. Cicerón, célebre filósofo romano (106-43 a.C.), citaba: «La aspiración democrática no es una simple fase reciente de la historia humana. Es la historia humana misma».

⁸ Palabras del Dr. Ubaldo Ortiz. Secretario académico de la UANL, como presentador del libro del Lic. Edilberto Cervantes: *Reto del conocimiento, oportunidades y estrategias*. En el auditorio del Museo de Historia Mexicana. Martes 27 de junio de 2006.

⁹ Fragmento de lo dicho por el escritor Felipe Garrido, el lunes 24 de julio de 2006 en la presentación de su libro: «*Compartir el poder, La lucha por la democracia mexicana. Una breve historia contada a los jóvenes*», en el Museo Metropolitano de Monterrey.

El escritor y analista político Enrique Krauze menciona que en la democracia no caben los adjetivos,¹⁰ y tiene razón. La democracia no acepta ser llamada mala, buena o regular; simple y llanamente eso es: democracia.

Como en ocasiones se quiere mencionar: no hay tampoco verdad «a medias», simplemente eso ya no es verdad. Asimismo, el argumento: «es mi verdad o tu verdad». Ergo, la democracia, como la verdad, son infraccionables.

El humanismo, como uno de los valores de más justicia y honestos del hombre, debe estar presente en todas las actividades de la sociedad, sobre todo en una sociedad contemporánea que presume de avances tecnológicos y progreso en todas las ramas educacionales; con más razón, en lo que complementa esos avances: la democracia.

A todo lo largo de la historia se ven crímenes, injusticias, matanzas y aberrantes campos de concentración. Lo difícil es distinguir al verdugo de la víctima: generalmente pasan a ser lo mismo. Todas las etapas de la historia del mundo tienen un buen número de abominaciones e iniquidades. Pero a pesar de esto, hay algo que no cesa de brillar con agrado en esta prolongada oscuridad: una cierta idea del hombre, de sus derechos y de su dignidad.

Lo que hay, sobre todo, es la esperanza en el hombre: todo no está perfectamente *per se*, pero todo puede estar perfectamente, es más, todo marcha para estarlo en el futuro. Es por esto que se hacen los cambios, que se presenta lo cíclico y por lo que hay siempre humanistas que desde un rincón levantan su voz entre las multitudes en posturas a la vez ridículas y admirables. De esta forma se nos revela con frecuencia uno de los trazos esenciales de la imagen del joven actual: está dominado por fuerzas —lo subliminal, la indolencia, los excesos, el hedonismo, entre otros— que además de todo, son fuerzas manipuladoras y selectivas.

Todo pensamiento contemporáneo es un pensamiento en base a fundamentos comerciales, frívolos, pasajeros; en cierta forma ocultos

¹⁰ Krauze, Enrique, *Tarea política, la construcción de una democracia sin adjetivos*, Tusquets Editores, junio 2000.

por una filosofía de baja calidad que trata de ponerse al día con la corriente masiva.

Todo este trabajo de ponerse al día no tiene otro sentido que aquel del sistema establecido en vigencia. Herencia, probablemente, de los empresarios súper pudientes e influyentes del pasado reciente y del tiempo actual; la renovada, discutible y discutida Cofetel es un ejemplo.¹¹

Todo el conocimiento actual tiene pasión por el sistema y lo propio de cada uno de esos sistemas es que se enfrentan unos a otros —los ejemplos están a la vista—, como reinos enemigos, y pretenden reinar sobre todo el conjunto —la sociedad y sus jóvenes— del pensamiento y sobre todas las manifestaciones de la cultura nacional. La ética profesional y un sentimiento solidario y demócrata, parecen estar ausentes en estos individuos.

La formación educacional que los medios, con su indiscutible penetración social pueden realizar, parece no convenir a los intereses de estos potentados. ¿Será cierto, como se decía con frecuencia no hace muchos años, que un pueblo altamente educado es socialmente sano y más difícil de manipular? Por lo tanto, sería injusto que en los albores de un siglo, prometedor y globalizante, se diera algo tan obsoleto y anacrónico como el rehusarse a intervenir y cooperar para educar en la participación de la democracia a las masas de cualquier rincón de la nación, sobre todo a las necesarias, difícilmente incluyentes y participativas, nuevas generaciones.

Los propietarios y accionistas de los medios (concesionarios) como usufructuarios de los mismos, desde hoy y *ad infinitum*, deben mostrarse solidarios con la sociedad, con las dependencias correspondientes y el gobierno, e intervenir en la formación sólida de una democracia influyente e incluyente en la idiosincrasia juvenil. Si así no lo hicieren, serían muy aplicables (a casi cien años de distancia) las siguientes consignas del llamado prócer de la democracia don Francisco I. Madero:

¹¹ Comisión Federal de Telecomunicaciones. Polémica y controvertida ley, cuyas modificaciones recientes avaladas por el Ejecutivo, han generado malestar, por otorgar excesivas prerrogativas, marcadamente unilaterales y monopólicas, a empresarios (concesionarios), sobre todo de los medios televisivos.

«Los pueblos, en su esfuerzo constante porque triunfen los ideales de la libertad y justicia, se ven precisados en determinados momentos históricos a realizar los mayores sacrificios... porque no tiene por objeto el engrandecimiento y prosperidad de la patria, sino enriquecer a un pequeño grupo que, abusando de su influencia, ha convertido los puestos públicos en fuente de beneficios exclusivamente personales, EXPLOTANDO SIN ESCRÚPULOS LAS CONCESIONES Y CONTRATOS LUCRATIVOS...»¹² (Mayúsculas del autor.)

Pienso que en esto estriba parte del humanismo democrático, en la participación masiva de los individuos nacionales en las decisiones de gran importancia —de los tres poderes de gobierno— (costosas por supuesto), como pueden ser: elecciones bien avaladas por las instituciones correspondientes, una segunda —o tercera— vuelta si los candidatos de cualquier nivel de elección no obtienen el mínimo requerido de votación, eliminar *ipso facto* el registro de partidos políticos que a ojos vistas son comparsas de otros u acomodaticios receptores de recursos.

Todo esto, y más, entre muchas otras participaciones y así los ciudadanos en poco tiempo se sentirán parte de su patria, de una dolidia patria que desde hace décadas el ciudadano —joven, adulto o adulto mayor— ha percibido lejana y que no pareciera formar parte de ella. La democracia en nuestro país, como la mayoría de sus habitantes, se puede considerar joven.

No obstante, como la etapa de la juventud, se percibe saludable, llena de ilusiones y de esperanzas. Aunque, como lo apunta el doctor José María Infante Bonfiglio: «...la democracia no es una estructura sino un movimiento, un proceso inacabado con avances pero a veces, lamentablemente, también con retrocesos...»¹³ Si bien, así lo señalan las leyes electorales, me parece demasiado para un país tan grande en riquezas naturales, extensión territorial y grandeza histórica —pero que no acaba de resolver sus problemas económicos y satisfactores sociales—, las excesivas cantidades otorgadas por la autoridad electoral a

¹² Fragmentos de la proclama de Francisco I. Madero el 5 de octubre de 1910, Plan de San Luis.

¹³ Infante Bonfiglio, José María. *CEE Segundo Certamen de Ensayo Político*, «El valor del voto». Septiembre 2000, p. 35.

partidos políticos, «grandes» o «chicos», y el gasto que éstos realizan en cada campaña eleccionaria. Si se destinan tantos recursos monetarios para campañas electorales y mantenimiento de partidos y de candidatos: ¿por qué no se destinan —invierten— suficientes recursos en estimular la participación de los connacionales, sobre todo de los jóvenes, todos los días del año?

Dar más importancia a algunos asuntos y temas nacionales, aparentemente nos hizo olvidar que la democracia es ante todo un sistema de gobierno, un orden político establecido que, como herramienta institucional, estabiliza y define la relación entre ciudadanía y poderes públicos y entre éstos y las libertades, establece y desarrolla el proceso de la elección de los funcionarios de gobierno y su consiguiente ejercicio, estableciendo reglas y sistemas de gobierno, con los naturales alcances y limitaciones.

Anticipando conclusiones: si no se construye un orden institucional inherente a la democracia, sin importar la sustitución electoral calendárica de los gobernantes, los cambios recurrentes de funcionarios seguirán con la continua idea (esperanza) ciudadana de que la moralidad pública llega aparejada con los recién llegados a los nuevos gobiernos, que los flamantes líderes llegan con la suficiente capacidad administrativa.

Sin embargo, es indudable que la gobernabilidad dentro de la democracia hará frente a los siempre presentes problemas básicos de difícil resolución. Dicho de manera más genérica —sin soslayar la radicalización—, un orden político sin democracia, sin participación de las mayorías, no es ni será capaz de crear y establecer un orden social sano.

En la generación de programas mediáticos nacionalistas, profesionales y atrayentes para las generaciones jóvenes de votantes, con resultados electorales convincentes, imparciales y transparentes; en la constante cimentación junto con la sociedad en general de la valiosa democracia, tiene la palabra la autoridad electoral.

7. PROPUESTAS

Lo que a continuación asiento, parezca falacia o algo utópico, no lleva aparejados dejos de candidez: ¿cuándo empezaremos a razonar todos y cada uno de los habitantes de nuestro país (los niños en edad de razonar cuentan) que cada protesta debe llevar inherente una sensata propuesta? Existen en nuestro bello idioma hermosas y sabias palabras que si formaran parte del equipaje personal de cada individuo nacional, la cotidianeidad de cada uno de nosotros sería alta en calidad y digna de vivirse. Compromiso, respeto, verdad, responsabilidad y, por supuesto, democracia son, entre otras, palabras dignas de tomarse diariamente en cuenta por cada ciudadano. A continuación resumo algunas propuestas sencillas que pueden servir como sensatos indicadores ciudadanos:

PARA LOS CIUDADANOS

Todo aquel ciudadano mayor de cuatro décadas de edad, creo recuerda los difíciles años que se vivieron en cada elección gubernamental de cada entidad federativa y/o municipal de nuestro país. El sistema eleccionario estaba viciado por grandes defectos antidemocráticos. Para que se dieran resultados aceptables y creíbles a favor de los candidatos de partidos contrarios al oficial, estos resultados tenían que ser verdaderamente contundentes.

Actualmente «el mango del sartén electoral» está tomado por la mano de los mismos ciudadanos. Existen a plenitud instituciones electorales creadas y manejadas por ciudadanos como usted, como yo. La democracia, aunque muchos aún lo duden, está tomando en nuestra nación visos de realidad. Participemos los ciudadanos que estemos en edad de sufragar —lo mismo aleccionando a nuestros hijos— en el apoyo irrestricto de nuestras instituciones electorales, caminemos junto con ellas formando una sólida e indestructible cadena democrática.

PARA LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Las recientes elecciones nacionales (2 de julio), fuera de todo pronóstico y debido entre otros motivos al previo y continuo *bombardeo* de-
mostador hacia candidatos contrarios, se desarrollaron en paz alcan-
zando aceptable porcentaje de votación; mas, como los partidos parti-
cipantes lo saben, la elección para Presidente de la República sufrió, *a*
posteriori, una desgastante resolución. Convendría, para bien de todos
los actores involucrados (ciudadanos, partidos, candidatos, institucio-
nes), establecer las reformas y candados legales, que aprobados por las
diferentes cámaras legislativas, impidan estas desagradables situacio-
nes que desalientan la participación ciudadana en futuros tiempos elec-
torales. La democracia está empezando a crearse en el país, coopere-
mos todos.

PARA LOS CANDIDATOS (DE CUALQUIER NIVEL)

Como lo apunté líneas atrás, en un país que aspira al modernismo y a
la integración internacional ya basta de contar en cada elección con
candidatos de bajo calibre electoral. Por ética natural, en una solicitud
de empleo los que pretendemos obtener el trabajo solicitado, no debe-
mos ocultar ninguna baja o velada intención.

Se sobreentiende que, en el currículum y solicitud, somos sinceros
al declarar ante nuestros empleadores nuestras pretensiones; los ciuda-
danos, indiscutiblemente, somos los empleadores de cada funcionario
electo. Cada candidato, desde el momento de ser seleccionado por su
partido para participar como futuro funcionario, debe mostrar dotes
de honestidad, capacidad y humanismo a toda prueba.

PARA LAS INSTITUCIONES ELECTORALES

Desde hace diez años (1996) las autoridades e instituciones electorales
establecidas *ex profeso*, se han ido ganando la confianza de la mayoría

de los ciudadanos responsables. Sin embargo, la creación, organización, independencia y ciudadanización, de las instituciones encargadas de los procesos electorarios, ya tenía leves esbozos de gestación algunos años antes del año mencionado.

No obstante, instituciones como el IFE y TRIFE (y otras relacionadas), fueron fustigadas recurrentemente en la reciente elección federal, por la irracionalidad y necedad de algunos inconformes; dichas instituciones deben seguir adelante como copartícipes en la consolidación de la democracia nacional. Los ciudadanos, se percibe y encuestas de alta calidad lo indican, tenemos plena confianza que estas instituciones, tan importantes para la vida social nacional, deben estar comprometidas y conformadas por personal capacitado, imparcial y democrático.

PARA LOS GOBIERNOS (FEDERAL, ESTATALES, MUNICIPALES)

Traigo a mis apuntes un fragmento de algo mencionado por sir Winston Churchill (a la sazón primer ministro británico), cuando en el fragor de la Segunda Guerra Mundial, decía a sus coterráneos que lo único que podría ofrecerles en la defensa de su patria era «sangre, sudor y lágrimas». Toda autoridad pública, a lo largo y ancho del territorio nacional, debe abstenerse de intervenir en los tiempos electorales a favor o en contra de tal o cual partido, de tal o cual candidato. Es justo que entiendan las autoridades, anteponiendo un sentimiento solidario, que ya no son tiempos de intervencionismo. Que para conformar la democracia, que empezamos a vivir actualmente, a muchos de nuestros connacionales, a través de los años, les ha costado *sangre, sudor y lágrimas*.

PARA LOS MEDIOS DE INFORMACIÓN (PRENSA, RADIO, TELEVISIÓN Y OTROS)

Nadie en la actualidad es capaz de ignorar la importancia de los medios en el desarrollo y subdesarrollo social de la vida nacional. Sea la

prensa, radio, televisión u otros, los medios tienen el indiscutible poder de la penetración social. Sería muy aceptable que este ilimitado potencial se utilizara y se comprometiera, sin restricción monetaria, en el proyecto democrático de la nación. Que haya coincidencias en lugar de diferencias. Que transmitan mensajes constantes sin límites de elevación y solidificación de los valores personales, sobre todo hacia las nuevas generaciones. Como en esta nave viajamos todos, si el viaje se torna turbulento con embates antidemocráticos, el peligro de zozobrar nos atañe a todos.

Los medios se han convertido, digámoslo así, en un mal necesario para la sociedad; sin embargo, todos y cada uno de ellos, son y serán el medio ideal para coadyuvar con las autoridades en la elaboración conjunta de un sistemático y bien elaborado plan, el plan creador de una sociedad que encuentre los caminos de la estabilidad.

PARA LOS JÓVENES

A los valiosos jóvenes de nuestra patria, como ya lo apunté, no se les engaña con promesas o utopías sociales. En los jóvenes está la esperanza nacional de nuevos y más frescos aires de una libertad compartida. Ellos bien saben que el libertinaje individual y de grupo tiene una dolosa existencia, breve y muy limitada.

Las juventudes nacionales, bien informadas y aleccionadas en los auténticos valores humanos, nos darán a sus mayores la oportunidad de acompañarlos por sendas progresistas, rutas necesarias en un mundo en el que cada nación no puede abstraerse de participar en la insoslayable y válida competencia global.

El joven, los despiertos jóvenes actuales, saben que la integración y competencia intercontinental, combinada con gobiernos justicieros y democráticos, es la fórmula casi perfecta para lograr las alturas sociales en las que el estudio, el trabajo, el deporte y la cultura en general, sean los elementos infaltables en todos y cada uno de los muchachos de cualquier estrato social.

En la elaboración de programas sociales hacia la juventud *no hay de*

dos sopas: apoyar a nuestros jóvenes en sus aspiraciones personales no tiene vigencia, es hoy, ahora, y para siempre. Ya no queremos, ya no debemos ver en las calles, en empleos mal pagados, o partiendo hacia naciones prestadas, a nuestra valiosa juventud, eso es una bofetada para cualquier administración. Ellos, nuestros muchachos, quieren sólo una oportunidad, sólo una oportunidad para demostrar lo que realmente valen.

8. CONCLUSIONES

Como conclusiones de este ensayo, en el que intenté abordar sociológica y políticamente la problemática juvenil dentro de los parámetros de la democracia nacional y de la integración de nuevas generaciones en el influyente camino mediático, presenté —de manera amplia, mas no suficiente— mi sincero propósito de recoger, con sentido objetivo y cierto esbozo humanista, experiencias y apuntes que siguen constituyendo un requerimiento a los jóvenes que quisiéramos que su pensamiento y voz tengan poder y resonancia para que su esfuerzo juvenil, fresco y renovado, los haga ser ciudadanos centrados, felices, más dignos y con el corazón más valeroso para hacerle frente a su porvenir.

Existen, no obstante, numerosos signos que nos advierten que los jóvenes de hoy no desean seguir siendo ya una promesa para el futuro, o simples espectadores del acontecer actual. La juventud reclama, creo con justa razón, su lugar en el amplio y policromático contexto social; de una sociedad que ha de ser depurada para salir de sus sombrías realidades.

Los jóvenes en su mayoría no quieren sentarse a esperar su porvenir, sino ir a su encuentro. Y si los medios escritos y electrónicos modernos, solidariamente, les proporcionan lo que necesitan saber, la dinámica de su espíritu juvenil reclamará, a su vez, la oportunidad de convertir el legado y cultura de sus mayores: educarse en una democrática aptitud de renovación hacia auténticos objetivos de progreso, de paz y de justicia. En relación a lo inmediato anterior, quiero citar al insigne maestro Agustín Yáñez:

El objetivo (en la preparación de los jóvenes) es el hallazgo de la personalidad mediante la educación. La personalidad se alcanza cuando el individuo se gobierna a sí mismo; cuando encuentra y mantiene inajenable su dignidad... la educación debe ser el adiestramiento para el justo ejercicio de la libertad, fundada en términos escritos de responsabilidad. La educación es tarea eminentemente moral y en esto difiere de la instrucción, a la cual debe servir de base necesaria. Es elocuente que los regímenes revolucionarios hayan adoptado el término «Educación Pública» por el de «Instrucción», que usaron los gobiernos anteriores. Debemos dar toda su vigencia moral a la intención reivindicada del término... La preparación de los jóvenes apareja el adiestramiento moral y el práctico, la educación y la instrucción, en una síntesis que es la cultura, entendida, no como artificio farragoso, ni carga de conocimientos sin aplicación, sino como una concepción más elevada del mundo y de la vida, que deben poseer todos los ciudadanos.¹⁴

Si queremos aspirar a una sociedad nacional responsable y comprometida, la educación democrática debe formar parte sistemática, como materia pedagógica, de la preparación escolar en todo nivel de enseñanza.

Las juventud actual —18 a 24 años de edad— es posible no tenga el *top of mind* (registro mental histórico personal) de los últimos treinta años acerca de la discutible actuación de los políticos, pero ya lo pasado, pasado, y como lo dice el viejo y conocido refrán: «Palo dado ya no hay quien lo quite». No obstante, acerca del poder del voto, al parecer nuestros jóvenes en la elección 2006, en los recientes comicios, se han dado perfecta cuenta que con el voto se tiene y se obtiene el poder poner y quitar: poner a los aptos y quitar a los ineptos.

A los muchachos (as), lo reitero, no se les engaña fácilmente. La sociedad adulta tiene que entregarles ejemplos confiables; ellos son receptivos en grado máximo. Por eso me molesta la actitud de la gente

¹⁴ Exordio de Agustín Yañez, en el libro *Mensaje de los grandes maestros a la juventud*, de Armando Lizt Arzuvide.

que repudia a los muchachos sólo porque le disgustan sus modales. Creo que la juventud es mucho más: es pasión, esperanza, audacia, autoexigencia, aceptación del riesgo, elección de las cuevas hacia arriba, *nutrientes tierras esperando ser sembradas*. Nuestros muchachos merecen y deben ser tratados con respeto y de manera incluyente.

Todos los que tenemos hijos jóvenes comprendemos, no soslayamos, la complejidad que conlleva su educación. Los desniveles generacionales, es un hecho, seguirán existiendo, sería utópico pensar lo contrario.

La falta de equidad entre jóvenes y adultos en un panorama amplio y promisorio se percibe distante todavía. Sin embargo, no tiene por qué ser escasa y poco factible la integración democrática intergeneracional. Herodoto, historiador griego (484 a 420 a. C.), considerado «padre de la Historia», citaba hace más de 23 siglos: «La democracia lleva el más bello nombre que existe... igualdad».

En la administración de nuestras organizaciones gubernamentales e institucionales, es justo y necesario un presente realista y un futuro sin sobresaltos. Que la confianza en la capacidad y honestidad de todo funcionario, desde el más encumbrado, se mantenga permanentemente. La ciudadanía está madurando, la educación —tenía que llegar el día— ha dado la oportunidad a las mayorías de no ser manipuladas de manera absurda y simplona; claro, no podemos negarlo, aún falta camino por recorrer. Igualmente, en la revisión sistemática y cuidadosa de lo exhibido por los medios, en el contenido de sus mensajes, en la cimentación de una nación con instituciones democráticas honorables, de reducida falibilidad, los valiosos jóvenes nacionales, nuestros queridos muchachos, lo reafirmo, deberán ser tomados en cuenta de manera sustantiva en las importantes decisiones nacionales.

(*) UNESCO, siglas de: United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization (Organización Educativa, Científica y Cultural de las Naciones Unidas). En datos de este organismo, casi la mitad de la población mundial, unos 3,000 millones de personas, son menores de 25 años. El 85 por ciento de ellos vive en países en desarrollo, como el nuestro.

(**) INEGI (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática). Censo 2005.